

La huerta adelante

P. Ortiz del Portillo

AVANZA la temporada y el baserritarra –también el aficionado– está ojo avizor de lo que deparará el clima veraniego, sobre todo, por lo que a las cosechas de órganos comestibles subterráneos hace referencia. Hablamos de los bulbos de ajos, cebollas o puerros; de las raíces de los nabos blancos, rabanitos rojos picantes, remolachas dulces de mesa, patatas tempranas o zanahorias; un producto, este último, rico en caroteno, ideal para la piel. Son cultivos que exigen mimo y cuidado en su ciclo de cara a que logren el punto óptimo para su consumo; bien frescos recién cogidos o consumidos tiempo después.

Siempre amantes del terruño y celosos de conservar variedades del país –únicas en sus variedades genéticas–, nuestros agricultores trabajan de un modo respetuoso con el medio natural, sin contaminar suelos vivos ni ensuciar con residuos las aguas de manantiales, arroyos, pozos o ríos. Y es que en el equilibrio biológico natural, donde los animales depredadores desempeñan un papel fundamental, radica la salud del ecosistema.

Depredadores

Entre ellos, los terrestres vertebrados como el erizo que limpia huertas de limacos y babosas; los sapos y las ranas, luciones o los anágnos inofensivos que vemos deslizarse entre la hierba. Entre los aéreos, por su parte, encontramos murciélagos de hábitos insectívoros que vuelan al anochecer detectando las plagas de insectos. También las golondrinas y vencejos, en raudos vuelos rasantes, a la caza de mariposas nocturnas de orugas grises que perforan tomates y hortalizas, dejándolos incomedibles y con excrementos. Las moscas, pese a que son bastante molestas, y las mariquitas ejercen asimismo como depredadores ya que devoran a diario miles de pulgones, transmisores de peligrosos virus vegetales.

La producción integrada

La producción integrada (PI) es un término que incluye diversas técnicas y normas para cultivar una explotación agrícola que reduce el consumo de recursos (fertilizantes químicos, insecticidas, energía, etcétera). De hecho, el uso de estos elementos sólo se permite cuando sea estrictamente necesario según el juicio de un técnico cualificado. Es un tipo de producción intermedio entre la agricultura industrial o convencional y la ecológica.

Este modo de cultivo se abona con purín de ortigas verdes maceradas en agua, en riego del surco, para revitalizar toda clase de plantas y lograr cosechas más precoces y de mejor calidad alimentaria. Son las vainas verdes sin hilo al vapor, caldosas potxas y secas lekas, que encierran los granos de alubias con Label de calidad. Otros cultivos que se incluyen en esta categoría son los puerros que se plantan tumbados para conseguir un largo blanco, los pimentitos verdes que, apenas fritos con una pizza de sal, son un aperitivo sibarita y los secos chorriceros para elaborar típicas salsas y sabrosas cazuelas como el marmitako.

K-Toño Frade Villar

COMO me preguntan frecuentemente y con cariño a qué se debe mi heredado sobrenombre de K-Toño, voy a contar hoy y aquí lo que tantas veces ya he referido. El pseudónimo viene de mi aita, de nombre Juan Antonio, como yo. Tenía mi padre una hermana pequeña, mi tía Raquel, que sólo balbuceaba y en vez de decir Juan Antonio decía “Catoño”, cayó el apodo en gracia y de esa forma le conocía todo el barrio de La Casilla, pues debía de ser una de las “piezas” más famosas de Zugastinovia. Cuando precozmente empezó a colaborar con sus dibujos en la prensa local, a la sazón había en Madrid un caricaturista muy famoso que creo que se llama Cayo y en su casa también le apodaban en diminutivo y así firmaba como K-Hito. A mi padre le hizo gracia la originalidad de la grafía y la adoptó transformando el nombre de “Catoño” para siempre, de tal manera que abría las actuaciones en el Circo Amateur del Club Deportivo de Bilbao como “K-Toño as del garabato”.

No recuerdo que él contara anécdotas sobre su nombre, pero a mí me han ocurrido cosas de lo más txirene. En cierta ocasión llevé un reloj a reparar a un relojería frente a las Escuelas de la Concha y al dar mi nombre como referencia, me dijo la relojera que K-Toño era un nombre que no existía y que le diera uno “de verdad”. Cuando fui a recoger el “peluco”, me dijo al darme mi nombre: “Ah sí, K-Toño ¡es un nombre muy famoso!”. Como cambian las cosas en una semana. En otra ocasión al confeccionarme la cuenta en una librería-papelería del Ensanche me demandaron que deletreara el K-Toño de marras, cuál fue mi sorpresa

“K-Toñadas”



cuando leí que la empleada había escrito “Caguíoñoño” y en otra ocasión en el mismo lugar “Katoñoconká”. Tenía yo un vecino que me tenía mucho cariño y era de Burgos, un día coincidí en el ascensor con él y otros de su pueblo que habían venido a visi-

tarle, “¿Sabéis quién es este señor?”, dijo señalándome. “¡Pues éste es el famoso ‘Katiño’, que firma los artículos con la ‘K’ y se lee ‘Ketoño!’”.

Cuando una persona me llama “Cotoño” sé a ciencia cierta que es de Rekalde, pues hubo allí un bar del mismo nombre. Y es que encima me confunden con todo “kiski”. Una vez un abogado ya difunto me presentó a unos amigos melómanos desahuciándose en elogios líricos hacia mi persona, “es un gran cantante de ópera”, decía, “ha triunfado en todo el mundo, acaba de tener un gran éxito en Madrid en la ópera *Evita*”, etc... Quise aclarar el asunto: “Oye, yo soy K-Toño, me parece que me confundes con Catania”. “¡Ah, K-Toño... Bah!, dijo el leguleyo, y no volvió a saludarme nunca más.

Varias veces me han saludado como: “Oye, tú eres K-Toño, el hijo de Olmo el de D. Celes, verdad?”, en otra ocasión una persona muy amable me decía: “Sí, padre, lo que usted diga, padre” y cosas así, hasta que le interrumpí diciendo: “Perdone usted pero no soy cura”, “Ya sé que es usted K-Toño”, contestó, “Pensaba que también era el cura del Circo”. Y ahora la última que me ha pasado esta semana: me abordó un hombre en un bar diciéndome que le gustaba mucho como pintaba mi hija, le aclaré que ninguna de mis tres hijas era pintora y que igual se confundía, a lo que me contestó: “¡Hombre, ya lo sé, eres K-Toño García Erquíñ!”.

Los amigos de la infancia me llaman ‘K-Toñín’, los compañeros de trabajo ‘Kato’, los amigos-familia ‘Ká’, pero desde aquí voy a un ruego encarecidamente: ¡No me llamen ‘Toño’, por favor!

Tranvías con salvavidas

Olmo

EN mi artículo anterior les hablaba a ustedes del antiguo tranvía bilbaíno, pero también les hablaba de las dificultades que tuvo para que lo aceptaran sin recelo los bilbaínos.

Esto que les cuento no crean que fueron tan solo habladurías y opiniones populares y lo puedo probar reproduciendo algunos párrafos del artículo firmado por Francisco Ruiz de la Peña que se publicó en la prensa bilbaína el año 1895. El artículo era más bien elogioso, como podemos leer en el siguiente párrafo al que sólo le encuentro una pega que les señalaré a continuación. Decía así:

“Se ha hecho el primer ensayo de la locomoción por medio de impulsos eléctricos. El resultado ha respondido no ya a las convicciones de los empresarios sino a los éxitos de larga experiencia. La blandura en los movimientos y la prontitud en los recorridos determinan ventajas de preferencia a favor de este medio de transporte y sus paradas resultan casi instantáneas”.

La pega que encuentro es que al señor Ruiz de la Peña se le fue la mano a la hora de los elogios, porque eso de que las paradas del tranvía fuesen “casi instantáneas” es como para pensar que en cada frenazo, todos los viajeros acabarían formando una “albóndiga” humana en la puerta delantera. Supongo que lo del frenazo casi instantáneo fue más bien una exageración del redactor que no se debe tomar al pie de la letra.

Pero como les decía en mi artículo anterior, aquel invento tuvo también furibundos detractores que en su lucha contra el tranvía lle-



garon a involucrar en sus razonamientos incluso a la religión, como podemos deducir de este otro párrafo del artículo:

“Los que temen por sus desenfrenos en la marcha y por sus descargas en días de tormenta son, o gentes de pasión excitada por ofendida en las competencias, o ignorantes que se pasman al verlo y lo toman por artes del infierno. No, ahí no cabe la superstición: Ahí no entran las herejías. El ‘diablo’ de esa maravilla es el cálculo humano elevado a esferas naturales aunque nuevas y sorprendentes. Dejen ellos de ser ilusos, dejen de ser fanáticos y no tendrán de esa parte por qué temer agravio a la religión ni daño a sus almas”.

Leído el párrafo se deduce que los enemigos del nuevo medio de locomoción consideraban que era el mismo Belcebú el que manejaba el tranvía con el fin de llevarse sus almas al infierno.

Afortunadamente ni los enemigos técnicos ni los religiosos pudieron evitar que el tranvía siguiese adelante y para ello (una vez demostrado que no había peligro ni para los cuerpos de los viajeros ni para sus almas) sólo quedó el problema de los atropellos. Y para resolverlo se recurrió al ingenio de los técnicos que llegaron a inventar hasta cuatro aparatos llamados salvavidas.

¿En qué consistían estos salvavidas? He visto uno de ellos en una vieja fotografía y tengo que admitir que era espectacular y muy poco estético (véase el dibujo que da una idea del invento). Consistía en una especie de enorme rastrillo inclinado colocado en el parachoques del tranvía, y que tenía su borde a ras del suelo. En caso de atropello, el rastrillo recogía a la víctima que en la foto aparecía muy tranquila tumbada en el rastrillo, dando la impresión de que se lo había pasado pipa con el atropello.

Lo que no dicen las noticias fue el resultado de estas pruebas (me hubiese gustado conocer la identidad de los “voluntarios” que se ofrecieron para ser atropellados) pero lo cierto es que no debieron tener mucha aceptación, porque los tranvías continuaron circulando por la Villa sin salvavidas y sin mayores complicaciones hasta su desaparición.

Se conoce que el vecindario, a base de experiencia, aprendió a esquivar a aquel “invento del demonio” que según la “vox populi” corría como el alma que lleva el diablo, persiguiendo a peatones despistados para llevarse los por delante.